

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

Verde que te quiero verde

S deambulando por Barcelona que esta cronista se da cuenta de que los balcones hablan (y mucho) de quienes habitan la ciudad. Los balcones verde que te quiero verde pertenecen a los barceloneses. Abundan en esas miniterrazas urbanas ficus de maceta, esparragueras y geranios rojos o rosa palo. El balcón más selvático de la ciudad está en la calle de Avinyó. La chica que atiende en el bar de debajo de ese mirador se queja de que, de vez en cuando, las plantas llegan a su ventanal. A esta cronista, más que una molestia, la aparición de los tallos verdes se le antoja una esperanza.

Hay otros balcones, también verdes, especializados en cactus. Y otros, cuidados con esmero, que son oasis de marihuana. Es solo pasando varias veces por la misma calle que esa planta tan polémica aparece en contrapicado. Con el cambio de siglo, también se pusieron de moda los balcones huerto. El verano pasado, en la calle de Elisabets, había to-

materas en un balcón. Ahora ahí hay un cartel de «se alquila».

Luego están esos balcones limbo. En algunos cuelga una toalla de playa o un pareo y suele haber siempre una silla descolorida. Son señales textiles de que esos son pisos turísticos –legales o ilegales– o pisos de *fast citizens*: están en la ciudad, pero no tejen ciudad. Abundan en el Raval, en el Gòtic y en la Barceloneta.

En la calle de la Cera algunos comerciantes decidieron colgar macetas en las fachadas. Con solo un poco de verde en maceta, la calle sacó su cara amable y quien camina por ahí lo hace ahora más tranquilo, sin sentir que los edificios que se construyeron altísimos para que cupieran más almas se comen al transeúnte. Quizá la iniciativa se contagie de balcón en balcón, que es como suceden las cosas importantes en las ciudades mediterráneas.

En esta Barcelona del centro, históricamente hacinada, también hay balcones vestidor, balcones solarío y balcones museo. Un ejemplo de



► El balcón más selvático de Barcelona, en la calle de Avinyó.

En balcones de pisos turísticos cuelgan toallas; el verde es de los barceloneses

museo adolescente está en la calle de Joaquín Costa. Del balcón cuelga una bandera, un muñeco galáctico, unos cuernos, un *skate* y hasta un cochecito para bebés. En los balcones solárium hay hamacas a lo Ikea,

por eso de que el espacio mínimo ya es una nueva categoría de las viviendas siglo XXI.

En la plaza de George Orwell unos chicos toman el sol en su balcón. Ella, en biquini rojo y él, con el torso al aire. La ordenanza no dice nada de mostrar piel en el balcón. Los solarios también se prodigan en la Rambla, pero ahí parecen como escenarios. Quien se pone al sol, fuma, se pelea o se besa ahí tiene claro que será visto desde el paseo multante. Pese a la ordenanza, el balcón

vestidor es el más común en el Raval. Los vecinos que proceden de Asia trajeron con ellos la percha colgadora. Sustituyeron así las pinzas de madera de toda la vida. De esos miradores, cuelgan saris, vaqueros y trajes de neopreno. Casi nadie expone su ropa interior. Esos balcones, en días de lluvia, suelen estar cubiertos por plásticos transparentes. Los dominigos es el único día que el Raval huele a detergente. ■



apiedecalle@elperiodico.com

JUANJO PÉREZ